

La lectura en México

Julio Ortega

Si hubiese un reloj de la lectura, sería uno capaz de dar cuenta de la duración y la intensidad de las formas de la atención, esa entrega alerta, concentrada y fluida, a las páginas de un libro que logra cautivarnos. Por eso, es lamentable que la vida de un libro en la vitrina de las novedades se haya reducido, en estos tiempos de mercado global, a dos o tres semanas, porque la oferta desplaza a la mercadería y se demoran más los que menos atención demandan.

Los «muchos libros», que observó Gabriel Zaid, se han convertido ahora en los muy pocos libros. Son más los que se consumen en la lectura rápida, se agotan en la novedad, y se olvidan pronto. Son menos los que nos retienen, exigiéndonos regresar. Muchos de esos libros no están en las vitrinas, son marginales y causales, y hay que buscarlos en una verdadera expedición de lectura. De México me llegan algunos recientes, de los que diré algo, buscando compartir su luz duradera.

Poemas de Ana Belén López

Esta poeta nacida en Mazatlán en 1961 había publicado *Alejándose avanza* (1993), un poemario de rara calidad, que daba cuenta de una mirada sensible en un lenguaje nítido y fluido. Esas virtudes de la mirada plástica, aquella que hace del poema una composición visual, se decantan en este su nuevo libro (o agenda de mirar), *Del barandal*, que publica Ediciones Sin Nombre, una pequeña gran editorial sostenida por la larga pasión poética del escritor y editor José María Espinasa. Estas ediciones breves y mínimas cuentan con títulos recientes que merecen la atención debida a su calidad, entre ellos ofrendas de Esther Seligson, Ana María Jaramillo y Tomás Segovia a una lectura edificante. En sus breves poemas, casi anotaciones de la aventura de ver más en lo menos, Ana Belén López nos propone un catálogo de la mirada absorta, aquella que sin buscar los signos de alguna revelación superior en el lenguaje del mundo, encuentra, más bien, el revelado de las cosas fugaces en el mapa repentino del habla. La mirada, por ello, es

la escena donde se conjugan las cosas y sus nombres, de pronto encendidas por el don de lo fugaz. La luz se transparenta en esa percepción, tramando las ventanas, los campanarios y las nubes de un escenario ritual: «nubes blancas/ desmayándose/ sobre azoteas/ tinacos/ bebiéndose /nubes blancas». Las cosas deben a sus nombres, que a su vez se beben unos a otros, como si dieran la vuelta en el poema. La mirada recoge lo casual como si fuera asombro:

Una mujer
se persigna
al cruzar la calle
la atropella
un camión
pierde un zapato
el monedero
se abre
brillan las monedas
con la luz del sol.

La presión de la escena tiene la resonancia visual del presente detenido por la imagen de ese sol, que es otra moneda, menos casual gracias a la mirada alerta. Esta luz de claridad es otro enigma: «El resplandor/ del mediodía/ ilumina/ cegador...». Pero la poeta no se debe ya a la excepción de la mirada (a lo que Paz y Lezama entendieron como «la fijeza» de la mirada) sino a la azarosa, incluso cotidiana, aparición y desaparición de la mirada entre las cosas y sus nombres. La luz, en esa fluidez, es un instante favorable de intimidad gozosa. El poema, un parpadeo del mundo legible.

Relato de Eduardo Antonio Parra

Nadie los vio salir (Ediciones Era) es el relato con que Parra, joven escritor de Monterrey, obtuvo el año pasado el premio de cuento Juan Rulfo que se falla en París. Formo parte de ese jurado, que acuerda los premios del modo menos deliberativo que conozco: no necesitamos reunirnos, y la decisión se define por mayoría de votos. El cuento de Parra, entre los más o menos cinco mil cuentos que competían, destacó de inmediato por su calidad intrínseca: progresa con un dramatismo seguro, pero en lugar de resolverse en las evidencias que acumula, da un salto en el abismo y se propone como un enigma. Esta es una breve proeza literaria que hace de la mirada el escenario de la sensorialidad recobrada.

Hecho a la medida del deseo, el cuerpo es capaz de reencarnar, contra la edad y frente a la miseria, el aliento vivo de una sexualidad perdida. Narrado por una de las mujeres de un burdel fronterizo, el relato repasa con pulcritud y severidad el escenario de pobreza y degradación de este burdel atroz. Pronto, la veracidad de esa narradora se nos impone por su sobria dignidad. Con precisión y sabio ritmo expositivo, Parra desarrolla la inmediatez de una transformación: como a tantos otros antros miserables, una visita milagrosa transforma a este burdel. Se trata de una pareja poseída por el deseo, por su juego y arrebató; pronto ese fervor contagia a los taciturnos habituales y los convierte en celebrantes.

Esta ceremonia báquica hace de la pareja visitante dioses benéficos, pero esa conclusión es posterior al relato, esto es, una respuesta de la lectura. Porque en el ritmo mismo de este cuento, el apasionado desenvolvimiento de los indicios es una lectura de la prostituta vieja, cuya interpretación se ve corroborada por el arrebató sensual de la concurrencia. Es decir, todo se precipita con la lógica interna del deseo, haciendo cada vez más evidente su fuerza imperativa. La destreza de Parra es lograr que nada sea evidente al mismo tiempo que todo es explícito. Cumple así con una lección del nuevo realismo, que consigna la palpitación de lo excepcional en la mayor opacidad cotidiana. Con ello, además, va más lejos que sus últimos relatos, reunidos en *Tierra de nadie* (Era 1999), donde la crudeza del mundo excedía a los personajes. Por eso, alienta en estas pocas páginas una poesía tensa, capaz de restituir una subjetividad latente, allí donde se desata lo excesivamente anudado. Esta es, se diría, una forma seria de ejercer alguna justicia poética contra el desamparo.

No menos interesante es el rigor con que Eduardo Antonio Parra parece concebir su oficio. En lugar de recaer en la complacencia sórdida del ambiente que elige, en lugar de confirmar el lastre social y la marginalidad extrema, se mueve, gracias a la literatura, hacia el espacio donde la ficción, con el poder de la fábula, suscita la rara gracia de ir más allá de la melancolía. Es decir, la posibilidad de vencer a la realidad inexorable con el poder de la fábula, inexhausta.

Nota sobre la crítica

Estos y varios otros libros recientes merecerían mayor atención del lector pero también el diálogo creativo de la crítica. Me ha llamado la atención que en su libro *La gracia pública de las letras. Tradición y reforma en la institución literaria en México* Leonardo Martínez Carrizales argumente

que la crítica literaria mexicana más vigorosa es la que se hace en el periodismo. Situándose él mismo como crítico, Martínez Carrizales lo hace entre esa tradición y el saber académico. Y me llama ello la atención porque la apuesta de este crítico me parece saludable y creativa, y sin duda alienta en la reflexión sobria y justa de sus ensayos en este libro (publicado por la Secretaría de Cultura de Puebla). Alejandro Toledo (autor de un excelente *Cuaderno de viaje: James Joyce y sus alrededores*) parece también empeñado en abrir un espacio reflexivo entre los discursos canónicos, con sensibilidad por las nuevas propuestas literarias, como lo prueba su ensayo sobre Julián Ríos en la revista *Arteletra* (Feb-mar 2001), que dirige Gilberto Prado Galán, otro crítico capaz de lecturas formales y pertinentes, de carácter monográfico, dedicadas a Borges y Luis Cardoza y Aragón. Los distintos modos de leer que estos tres jóvenes críticos ponen en práctica permiten creer que se pueden haber superado las tradicionales disyunciones mexicanas, que se impusieron a la crítica entre antipatías e indiferencias. Lo digo con la esperanza de una lectura enriquecida por la alta demanda de independencia que nos proponen los mejores textos literarios de este México de mañana.